

NOTAS SOBRE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

LOS NEUTRALISMOS

La decisión de la Santa Sede de designar a un observador en la Conferencia de países no comprometidos a celebrar en Lusaka en el mes de septiembre es un índice revelador de la evolución que, en el transcurso de poco más de dos décadas, ha registrado el neutralismo. Apenas definido el concepto por el Pandit Nehru en 1948, los dos bloques rivales y enzarzados en la guerra fría se apresuraron a tomar posición ante la negativa a comprometerse con uno de ellos. La U. R. S. S. se limitó oficialmente a respetar la opción, tal vez por percatarse en seguida de las ventajas de maniobra que podía depararle una actitud de tácita aprobación, que se convirtió en aproximación cuando en 1960 Jruschev visitó la India a raíz de los primeros choques fronterizos con China. En cambio, la decisión hindú de no compromiso suscitó en el campo occidental apasionadas críticas y rechiflas por estimarse que el neutralismo era el subproducto de un nacionalismo quisquilloso. No se paró mientes en que era, en definitiva, la expresión del interés nacional de un país recién devuelto a la independencia, necesitado del aislamiento de un enfermo, por supuesto, superfluo en el caso de países firmemente asentados en su soberanía. De otra parte, las críticas que se multiplicaron sobre todo en los Estados Unidos, tenían el inconveniente de echar en olvido que, durante siglo y medio, el aislacionismo había sido norma de la política exterior estadounidense. En efecto, salvadas las diferencias de tiempo y lugar, el neutralismo de Nehru era un eco de los consejos de George Washington al pueblo norteamericano en su Mensaje de Adiós, cuando opinaba que «no sería sensato, debido a lazos artificiales, dejarse arrastrar por las vicisitudes de la política de Europa». Pero la objetividad y la lógica no son forzosamente rasgos característicos de los dirigentes políticos, de suerte que las recriminaciones

norteamericanas por el neutralismo de la India, que suscitó el de Birmania e Indonesia, se asemejaron a las que en tiempos sufrieran los Estados Unidos neutralistas por parte de una Gran Bretaña empeñada en una dura lucha contra Napoleón.

La Conferencia de Bandung de 1955 incrementó la importancia del neutralismo inicial, debido a la adhesión de nuevos miembros a la fórmula de Nehru para capear amenazantes temporales. Ello produjo una fisura en el conglomerado de pueblos que constituyen el Tercer Mundo, a cuyo liderazgo apuntaba ya China Popular. El neutralismo estorbó los bríos revolucionarios de China, que no asistió a la Conferencia de países no comprometidos que se celebró en Belgrado en 1961 y en la que participaron veinticinco naciones. Es decir, el crecimiento del neutralismo que, desde entonces, se afanó por formar un grupo unido y coherente en las Naciones Unidas, aunque realmente carece de poder decisivo en las grandes cuestiones mundiales.

El mundo neutralista o no comprometido lo constituyen pueblos afroasiáticos o de color, con una excepción inicial, Yugoslavia, que profesa una variante del neutralismo propugnado por el grupo de Bandung. No ha sido obstáculo para que el presidente Tito estableciera y mantenga contactos seguidos con todos los dirigentes de Africa y Asia, tomando parte activa en las deliberaciones. Por ello cabe decir que desde la muerte de Nehru el centro de gravedad del neutralismo se ha desplazado de la India a Yugoslavia. De suerte que la conveniencia nacional que aconsejó a Yugoslavia desertar del campo soviético y encastillarse en la neutralidad, ha aproximado este país a los afroasiáticos, logrando así un papel internacional que no corresponde del todo a su peso en la balanza mundial. De otra parte, si bien la adhesión de Cuba en 1960 al grupo de los países no comprometidos no ha causado impacto digno de mencionarse, no deja de ser significativo que un país hispanoamericano haya orientado su diplomacia en dirección a Africa y Asia, Continentes con los que Hispanoamérica tiene en común un problema de desarrollo. O sea, que la faceta política del subdesarrollo es un neutralismo en el que participan tantos países con intereses propios tan diversos que podría hablarse de neutralismos, aunque las diferencias se reducen a variaciones sobre el mismo tema: el interés nacional centrado en el desarrollo.

El considerar los problemas internacionales estrictamente en función de semejante imperativo ha sido factor decisivo del éxito del neutralismo. Pero es a un tiempo el factor que limita su capacidad de acción en el ámbito de la política internacional. Ha puesto trabas al propósito de desempeñar el papel

de poder moderador subyacente en el término Tercer Mundo y ni siquiera ha logrado disminuir los riesgos derivados de una excesiva polarización de la política mundial. De ahí que pese a los esfuerzos del presidente Tito para que las Conferencias de países no comprometidos adopten decisiones de amplio alcance, los debates, en el fondo, hayan ido derivando hacia un clamor de angustia por el subdesarrollo, pese al ropaje de declaraciones de principios de gran ambición. Es decir, que de la fase de prudente autodefensa que fue el neutralismo en su origen, se pasó a una etapa de escaso realismo consistente en perseguir la posibilidad de mediar entre el Este y el Oeste como tercera fuerza o, por lo menos, como poder moderador.

Actualmente, lo quiera o no, el neutralismo está desembocando en aspiraciones más recortadas, pero más a su alcance, cual la del desarrollo de los países que lo integran y que requiere soluciones a escala mundial. El desarrollo económico de los pueblos del Tercer Mundo es problema acuciante que retiene la atención y motiva la inquietud de la Santa Sede. La presencia de su observador en la Conferencia de Lusaka es expresión de esos sentimientos, antes que exponente de sus desvelos por los rumbos políticos de ese vasto grupo de países subdesarrollados o en vías de desarrollo que, para salir de su atasco, necesitan ciertamente soluciones económicas, pero que sólo pueden gestarse en un plano político en el que no están situados. Es decir, que el entendimiento entre los dos Supergrandes se impone como condición ineludible para resolver el problema fundamental de los países que no quieren estar ni con éste ni con aquél, pero que necesitan de ambos.

UN MINISTRO FRANCÉS EN PEKÍN

A las estridencias de la política exterior de Francia en tiempos del general De Gaulle sucede un afelpado activarse por los caminos del mundo bajo la jefatura del presidente Pompidou. Son dos estilos aparentemente opuestos, si bien en realidad ambas políticas persiguen los mismos objetivos y obedecen a las mismas orientaciones de independencia y presencia de Francia dondequiera que pueda desempeñar un papel, más que a la medida de sus fuerzas a la medida de su atrevido ingenio.

Por ello no cabe admirarse de que el actual equipo gobernante galo dé señales de interés por desarrollar la amistad con China Popular, a fin de explotar las ventajas derivadas del establecimiento de relaciones diplomáticas

franco-chinas en 1964. Aquella iniciativa, como otras del general De Gaulle, causó en su día escándalo. En cambio nadié se alborotó cuando Gran Bretaña hizo otro tanto en 1950. La Revolución Cultural provocó una pausa en las relaciones franco-chinas en razón del aislamiento diplomático del gigante de Asia. Pero a estas alturas, China Popular va encajando los golpes de su Revolución Cultural y recobra un equilibrio interno que le permite dar una nueva orientación a su política exterior, es decir, operar de una parte como un país preocupado en primer término de sus intereses nacionales, su desarrollo y su bienestar y, de otra, seguir actuando como adelantada de una revolución que, pretendiendo combatir el llamado imperialismo, se afana, en definitiva, por suplantarlo.

Naturalmente, el ministro francés de Planificación, André Bettencourt, ha viajado del 7 al 24 de julio al «gran país del que Francia conoce el dinamismo y espíritu de iniciativa», como dijo, y en modo alguno al que sustenta una ideología que tratan de mantener a raya las autoridades del Gobierno Chaban-Delmás. El señor Bettencourt es el primer ministro de un gobierno francés que haya sido oficialmente recibido en Pekín, pues el viaje que en 1965 realizó el entonces ministro de Cultura, André Malraux, tenía carácter privado. Es decir, la singular importancia de esta visita a la tercer gran potencia mundial que, atómica como Francia, no más que Francia ha firmado el Tratado de Moscú de no proliferación de armas nucleares. Pero sin minimizar la significación que sigue teniendo el país vecino en el ámbito internacional, parece dudoso que las conversaciones celebradas por el señor Bettencourt con el viceprimer ministro Li Hsien-nien y el viceministro de Asuntos Exteriores Lo Kuei-Po puedan modificar las tensiones existentes en el gran triángulo Washington-Moscú-Pekín que domina el mundo de la década del 70. Con todo, fueron abordados los problemas de política internacional, con tanta mayor facilidad cuanto que en el Sureste asiático es bien conocida la postura francesa de franca reticencia frente a la intervención norteamericana y la tesis de la aplicación de los acuerdos de la Conferencia de Ginebra de 1954, con participación de China, extremo éste que resulta tan evidente para llegar a una solución que casi parece una perogrullada enunciarlo.

Al margen de este candente tema, que sólo secundariamente interesa a Francia, las conversaciones de Pekín se han centrado en los intercambios comerciales, que tanta importancia tienen para China Popular. Durante el banquete que ofreció a su huésped el viceprimer ministro Li Hsien-nien, éste mencionó los «intercambios comerciales que no han cesado de multiplicarse»,

lo cual parecía recortar los vuelos oratorios del señor Bettencourt que se refirió a una «cooperación fructuosa», añadiendo: Si ésta se realiza con espíritu de franqueza y mutua confianza, sólo puede contribuir, para ambos países, a una apreciación cada vez mejor de los complejos problemas que se le plantearán a la humanidad futura. El realismo chino se limitaba a preocuparse del comercio. Es de señalar que, actualmente, como lo han denunciado los soviéticos, sumamente sensibles a las maniobras tácticas de su vecina, China Popular ha iniciado una nueva etapa en sus relaciones con el mundo exterior, consistente fundamentalmente en brindar a la codicia capitalista la perspectiva de cuantiosos negocios. Sin entrar ni salir en lo exacto de la conclusión de que semejante política apunta a la militarización del país con fines agresivos, es evidente que determinadas adquisiciones de China Popular en el exterior sólo pueden acelerar el desarrollo bélico de la nación más poblada del mundo, que no oculta su ambición de proyectar su influencia a todo el planeta. Este riesgo no parece amedrentar el animoso mercantilismo internacional. Así, Japón se ha convertido en el principal abastecedor de China Popular en 1969, con intercambios que ascienden a 625 millones de dólares. Lo siguen la República Federal e Italia, sin que queden excluidos los Estados Unidos, que comercian con los chinos a través de Hong-Kong y han aflojado sus restricciones al comercio con ellos, mientras que, en busca de negocios, los tantean grandes empresas norteamericanas.

Es lógico que en este contexto Francia no quiera perder el compás y, aprovechando sus relaciones diplomáticas y una vaga coincidencia en ciertos problemas internacionales, busque un mercado en China Popular, lo cual no pretende decir que París puede intervenir en alguna de las cuestiones que la interesan prestándole una ayuda eficaz, siquiera sea para entrar en las Naciones Unidas. Lo que parece poco dudoso es que los intercambios comerciales lograrán nuevo impulso y posiblemente también los intercambios culturales. El estudio del francés suscita interés en China Popular, aunque sólo sea como instrumento de penetración propagandística en el Africa francófona. Pero la anunciada visita a París de Chou En-lai disimula este pequeño aspecto, un tanto peligroso a la larga, del estrechamiento de las relaciones franco-chinas. Es un golpe efectista del que es aventurado decir si reforzará el prestigio de Francia en el Tercer Mundo o la perjudicará ante el sector cada día más menguado de países que consideran con cautela y hasta con temor la trayectoria de China Popular. Entre estos países destaca la Unión Soviética, país al que viajará en otoño el presidente Pompidou.

EL RESTABLECIMIENTO DE LAS RELACIONES ENTRE LA CHINA POPULAR Y YUGOSLAVIA

Sin pena ni gloria, achicada por los acontecimientos de primera magnitud que polarizan la atención mundial, cuales el alto el fuego en el Cercano Oriente o la firma del tratado germano-soviético, pasó la noticia de que la República Popular China y Yugoslavia se proponen restablecer sus relaciones. En sí, la noticia es de poca monta, aunque muestre, una vez más, que en función de las conveniencias políticas no hay cosa en el mundo que varíe tanto como la apreciación de los hechos. Durante la Segunda Guerra Mundial, Roosevelt y Churchill no vacilaron en proclamar a Stalin campeón de la libertad y la democracia. Apenas terminado el conflicto, el mismo Stalin pasó a ser el perverso dictador de un país dispuesto a lanzarse al asalto de las naciones libres y democráticas. Así Pekín, hace doce años, desató su ira contra Yugoslavia, arrojando en sus insultos y denuestos durante la Revolución Cultural. A la larga tempestad ha sucedido la calma y una bonanza tal que en breve, con la cortesía y seriedad del caso, la República Popular China y Yugoslavia volverán a tener tratos de naciones amigas. Pero la sorprendente reconciliación tiene mayor alcance que el puramente pintoresco. Cobra singular interés de considerarla en el contexto de la larga disputa entre Pekín y Moscú. Es, además, reveladora de las orientaciones de la política exterior china, una vez superado el tifón de la Revolución Cultural.

Aparte del pleito fronterizo, telón de fondo de la pugna chino-soviética, lo que se ventila entre los dos gigantes desde 1956 es la dirección del mundo comunista. La U. R. S. S. la ejerce imponiéndose como modelo a sus aliados. China la persigue a través del pluralismo dentro de una unidad basada en la dictadura del proletariado y en la alianza militar contra el imperialismo. En aras de esa unidad, China admitió en un momento dado la dirección soviética del campo socialista, en razón del superior potencial militar de la U. R. S. S. La concesión no le hizo olvidar que la U. R. S. S. había de tomar en cuenta que necesitaba su apoyo para mantener la supremacía, como sucedió en la tensión entre la Polonia de Gomulka y Moscú.

Una nueva divergencia entre la U. R. S. S. y Yugoslavia fue ocasión para que China recordara la influencia que podía ejercer en el campo socialista. En efecto, la negativa de Belgrado a firmar el documento común del Congreso de los partidos comunistas de 1957, afectó sus relaciones con Moscú a prin-

cipios de 1958. China intervino en la querrela instando a Moscú para que excluyera definitivamente de la comunidad socialista a una Yugoslavia acusada de practicar un neutralismo funesto para la lucha de clases a escala mundial, de recibir créditos norteamericanos y de convertirse en cabeza de puente de los Estados Unidos en el mundo comunista que había de aprestarse a luchar contra el imperialismo. Pero del éxito balístico que supuso el lanzamiento del primer «sputnik», los dirigentes soviéticos—y en particular Jrushev—no sacaron la conclusión de que era llegada la hora de emprender la «lucha final» contra el imperialismo. Mientras China se mantenía fiel a los métodos revolucionarios, para instaurar el marxismo-leninismo en el mundo, la U. R. S. S. apostaba a favor de los métodos diplomáticos y de coexistencia, que eran precisamente los preconizados por Yugoslavia. A guisa de satisfacción, la U. R. S. S. enfrió sus relaciones con Yugoslavia, pero sin ponerla en la picota. Entonces, al socaire de la crítica a un país socialista en clara colisión con los Estados Unidos, China inició un violento ataque que, de hecho, iba dirigido a la U. R. S. S. Este fue el principio de la tenaz campaña contra el «social revisionismo», mediante la cual China trata de asegurarse la dirección de los movimientos revolucionarios internacionales. El primer y único país que esta táctica le ha permitido conquistar fue Albania, encogida por el temor de que la U. R. S. S. la forzara a federarse con Yugoslavia, lo cual constituía una pesadilla.

Aunque base segura en el Adriático, Albania no es mucho para las ambiciones chinas, y menos aún para desvanecer sus temores de cerco mediante la acción combinada de la U. R. S. S. y de los Estados Unidos. Ese complejo de cerco no carece de fundamento si se toma en cuenta que la situación actual de China se asemeja a la situación de la U. R. S. S. en 1919, ya que contados son los países que gozan de alguna importancia en el ámbito internacional con los que mantiene relaciones diplomáticas, si bien son muchos los que comercian intensamente con ella. Ello quiere decir aislamiento, singularmente peligroso dado que el triunfo de la Revolución Cultural ha colocado en primer término de la política exterior china un antisovietismo que no se nutre sólo del pleito fronterizo. Le da pábulo el temor a que el apoyo de Moscú suscite la secesión de ciertas provincias del Norte o bien desencadene una acción preventiva.

Las nuevas orientaciones de la política germana de apertura al Este, dadas a conocer tan pronto como el canciller Brandt accediera al poder, hicieron ver en lontananza la posibilidad de que se eliminara todo riesgo de conflicto.

en Europa. Una seguridad de paz en Europa supone para la U. R. S. S. libertad de movimientos en Asia, lo que no es motivo de tranquilidad para los ánimos chinos. De ahí lo caluroso de la acogida dispensada al ministro francés de Planificación, señor Bettencourt, y la aceptación por parte del primer ministro Chou En-lai de trasladarse próximamente a París. Es un indicio, entre otros, de que actualmente la máxima preocupación de la diplomacia china es buscar cierto equilibrio entre los dos grandes bloques y, para ello, encontrar interlocutores, esos interlocutores que no puede hallar en los países colocados en la órbita de Moscú, con excepción de Rumania, caso aparte en el mundo comunista, o entre los países que por éste o aquél motivo están vinculados a un Washington al que el problema del Sureste asiático impide a Pekín acercarse. Es decir, lo reducido del terreno en que China Popular puede posar su cauteloso pie para relacionarse con el mundo y entorpecer el cerco que la amenaza. Pocas son las puertas susceptibles de abrirse ante ella, de excluirse los países del Tercer Mundo, sin peso en la balanza de la política internacional. Así se explica que, dando al olvido los yerros de Yugoslavia, tan violentamente denunciados, Pekín se acerque a este país. Gracias a su neutralismo, es una de las pocas naciones que pueden actuar con independencia.

LA AMISTAD SOVIÉTICO-AFGANA

Mientras que en Europa la U. R. S. S. logra consolidar indefinidamente la situación existente a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial y de los acuerdos de Potsdam, no se da punto de reposo para incrementar sus áreas de influencia, conforme a los imperativos de una política exterior dinámica, que no es siempre espectacular ni, por supuesto, data de hoy. Así en el Cercano Oriente, merced a la tensión allí creada por la tercera guerra árabe-israelí, ha penetrado hondamente en los países árabes al extremo de que la presencia soviética en ellos y en el Mediterráneo oriental es una insoslayable realidad. No limita a este sector del mundo su paciente avance, fruto de su estrategia global. En tanto que en el Sureste asiático siguen las espadas en alto, la U. R. S. S. no deja de actuar en Asia del Sur, ese amplio sector de un continente con el que los organizadores de la Conferencia de Bandung estimaron que nada tenía que ver. La arbitraria decisión no ha impedido que la U. R. S. S., prosiga su sostenido esfuerzo para proyectar su influencia en el contorno de sus fronteras asiáticas, en particular las del Oeste. Este fue uno

de los objetivos de la política exterior de los Zares. El poder soviético lo ha heredado, lo cual demuestra que las constantes históricas son ajenas a los sistemas políticos imperantes en los países.

Tal es el caso de Afganistán, donde recientemente los técnicos soviéticos han construido una carretera de 600 kilómetros que cruza el país y une la frontera de la U. R. S. S. con Pakistán. No han faltado comentaristas suspicaces que, un tanto atentos a los mapas, han deducido, entre otras posibilidades, que debido a semejante carretera «estratégica» la U. R. S. S. se está abriendo camino hacia el Océano Índico con vistas a paliar eventualmente los efectos de un ataque chino que impidiera toda acción militar a su guarnición de Vladivostok, en el Asia del Pacífico. Sin negar que teóricamente sería muy «estratégica» la función de la carretera afgana en ese caso, existe el positivo inconveniente político de que Afganistán está separado del Índico por toda la anchura de un Pakistán amigo de Pekín, en razón del apoyo que le presta en su pugna con la India, país con el que la U. R. S. S. mantiene excelentes relaciones, debido precisamente a la tensión existente entre él y China Popular, por motivos fronterizos entre otros.

Por lo demás, la construcción de la carretera considerada «estratégica» es un simple episodio de los largos contactos soviético-afganos, anteriores a la enemistad entre Moscú y Pekín e incluso a la rivalidad entre las dos Superpotencias y su pugna por la hegemonía, iniciada a raíz de la Segunda Guerra Mundial. Es más, en el segundo cuarto del siglo XIX, los Zares desbrozaron el camino de la actual amistad soviético-afgana, si bien fracasaron en su propósito de entorpecer la acción de Gran Bretaña en un país que perdió su independencia en 1880. En 1907, por la Convención de San Petersburgo, Rusia reconoció la preponderancia británica en Afganistán. Era el último capítulo del largo combate entre el oso y el leopardo en esas regiones asiáticas. Pero Afganistán recobró su independencia en 1919 y dos años más tarde firmó con Moscú un tratado de amistad. Lo completó en 1926 un pacto de neutralidad y no agresión. Finalizada la Segunda Guerra Mundial, disipada la accidental tensión entre Moscú y Cabul, se normalizan las relaciones entre los dos países y se inicia un período de ininterrumpida intimidad que ha llevado a calificar a Afganistán de casi satélite soviético en Asia. Se trata, en todo caso, de una amistad que ponen de manifiesto numerosos intercambios de visitas y que llevaron a la Agencia Tass a citarla como modelo de «una política de coexistencia pacífica entre dos países con sistemas sociales diferentes».

Como expresión práctica de esa amistad y coexistencia pacífica, es de se-

ñalar que entre 1950 y 1955 se firmaron entre Moscú y Cabul una serie de acuerdos de cooperación económica y técnica que no limitan la ayuda a la recibida de la U. R. S. S. Los demás países del bloque soviético, sobre todo Checoslovaquia y Polonia, contribuyeron al desarrollo afgano, «sin ninguna condición política», se dijo. Así, a partir de 1960, Checoslovaquia empezó a enviar a Afganistán, el más atrasado de los países musulmanes, maquinaria para construir carreteras, esa indispensable infraestructura de todo desarrollo planificado. Es decir, que la llamada carretera «estratégica» no forma parte de un apresurado plan ofensivo-defensivo soviético puesto en marcha bajo la presión de la amenaza de China que, dado el neutralismo de Afganistán, mantiene relaciones con este país desde 1950 y firmó con él en 1960 un tratado fronterizo.

Pero poner en tela de juicio la relación existente entre la gran carretera afgana y el avance soviético hacia el Océano Indico no supone negar la realidad o el propósito de tal avance. La U. R. S. S. lo realiza por otros caminos. Aparte de la herencia zarista, la U. R. S. S. prestó siempre atención a la India, a la que Marx había otorgado singular importancia en su análisis del capitalismo inglés. El interés por el subcontinente indio se confunde, pues, con la historia misma del comunismo. Actualmente la India se le aparece a la U. R. S. S. como una experiencia de democracia nacional cuyo éxito podría contrarrestar la influencia del modelo chino, que se hurta a su influencia e incluso la ataca. Es decir, que los actuales lazos soviético-hindúes tienen para la U. R. S. S. mayor relevancia que el puramente ideológico, ello no sólo en función de China Popular, sino también del vacío que deja en el Indico la retirada británica. Ese vacío, los Estados Unidos no dan muestras de pretender llenarlo; bien al contrario. Los soviéticos sí. Y a este respecto no cabe descartar un acuerdo tácito entre Washington y Moscú, debido al interés común contra China Popular. Pero es evidente que a la U. R. S. S. no se le puede ocultar el peligro que entraña comprometer su prestigio y sus fuerzas en una zona cuyo acceso le resulta difícil por mar, debido, en particular, al cierre del canal de Suez. Por ello, acaso deba buscarse en el Océano Indico la clave de la aceptación por Moscú del Plan de paz Rogers para el Cercano Oriente. Es un plan que, caso de tener éxito, no la desaloja de sus posiciones en el Cercano Oriente y le permite llevar adelante sus proyectos de expansión marítima en el Océano Indico merced al paso por el canal de Suez nuevamente abierto al tránsito. ¿Podría llamarse esta consecuencia de la paz árabe-israelí un éxito norteamericano?

CONSECUENCIAS DE LA PRESENCIA NAVAL SOVIÉTICA EN EL OCEANO INDICO

Durante años, el firme propósito del gobierno laborista de proceder en 1971 a la evacuación de las bases británicas al Este de Suez suscitó temores en los ámbitos occidentales y singularmente en Australia y Nueva Zelanda. Y a tenor de semejante propósito, que alteraba radicalmente los esquemas tradicionales de defensa en estas áreas, aquellos países han venido considerando los medios de hacer frente a un vacío que los dejaba un tanto desamparados frente a la amenaza del comunismo asiático. Si a tal programa de evacuación británica se agregan los efectos a prever del término de la guerra del Vietnam, que suponía la retirada norteamericana, bien como resultado de una paz negociada, bien como consecuencia de la política de «vietnamización» proclamada por el presidente Nixon, se evidenciaba la imperiosa necesidad para estos dos países blancos, alejados del mundo occidental, de asegurar su porvenir en función de esas dos realidades.

La llegada al poder en Gran Bretaña del equipo conservador modifica el panorama, toda vez que Londres ya ha manifestado su intención de reconsiderar la tan aireada retirada británica. Ello no pretende decir que Australia y Nueva Zelanda, no más que Malasia y Singapur, pueden dar por desvanecidos sus temores de desamparo e indefensión. En efecto, en el problema de su seguridad y eventual defensa apunta actualmente un nuevo factor: el del incremento de la flota soviética en el Océano Indico. Al objeto de tomar posición ante el virtual peligro de la presencia soviética en esas áreas, el secretario británico de Defensa, Lord Carrington, se dispone a celebrar conversaciones no sólo con Australia y Nueva Zelanda, sino también con el Gobierno malasio y el de Singapur.

La expansión marítima de la Unión Soviética no es sólo evidente en el Océano Indico, sino en todos los mares. Es consecuencia directa y lógica de un notable incremento de la flota soviética, no limitado a una flota de guerra muy moderna y bien equipada. Es una aplicación del principio de los «derechos iguales e iguales posibilidades» enunciado por Gromyko en 1968 ante el Soviet Supremo, aunque ha estado siempre implícito en una estrategia global que, junto a la defensa de la U. R. S. S., apunta a la posibilidad de prestar ayuda a cualquier país del globo, si así conviene a sus intereses políticos. Es decir, que la U. R. S. S. se ha dotado de la marina que requiere su política a escala mundial, a semejanza de los Estados Unidos. Dicho en otros términos,

la interrogante que planteaba la retirada británica y norteamericana en el Sureste asiático se ve en parte sustituida ahora por la inquietud que origina la presencia soviética al Este de Suez, una vez convertidas en habituales las visitas de su flota a la isla Mauricio, Socotora, Adén, las islas Seychelles, las Maldivas y los puertos de la India. El éxito de las izquierdas en las recientes elecciones de Ceylán suponen un paso más en el lento y continuado avance naval de la U. R. S. S. con dirección a China, ciertamente, pero también al Sureste asiático y el Pacífico.

Sin duda, la postura del Gobierno Heath y la seguridad de que los Estados Unidos no se desentenderán a corto plazo del Sureste asiático puede frenar ese avance soviético, pero no impide que más que nunca esté en tela de juicio la solidez del complejo sistema de seguridad establecido en Asia y el Pacífico desde 1945 por los anglosajones. Semejante sistema se asentó en una tupida red de acuerdos bilaterales suscritos con países asiáticos como Filipinas, Corea del Sur, China nacionalista, Japón y Tailandia, y en acuerdos multilaterales como el de la S. E. A. T. O. y el A. N. Z. U. S., éste último suscrito con Australia y Nueva Zelanda. Teóricamente, estos compromisos se complementaban e interferían. En la práctica, han sufrido los embates del tiempo y los de la guerra del Vietnam, al extremo de que la S. E. A. T. O. sólo tenga ya un valor casi puramente simbólico. De ahí que al socaire de la cooperación económica y cultural se hayan venido buscando nuevas fórmulas de tipo defensivo regional. Han plasmado en la creación del Consejo de Asia y el Pacífico o A. S. P. A. C. y de la Asociación de Naciones del Sureste asiático o A. S. E. A. N. Pero los propósitos de cooperación apenas si han pasado a la fase de decisiones prácticas, singularmente en el orden militar. ello por motivos políticos. Así Indonesia no manifestó entusiasmo por embarcarse en empresas que no fueran neutralistas, en tanto que Malasia y Singapur tampoco se mostraron dispuestos a requerir de los Estados Unidos la ayuda que en el futuro había de negarles Gran Bretaña.

Estos antecedentes dicen a las claras que la misión de Lord Carrington cerca de los miembros de la Commonwealth en Asia y el Pacífico tropieza de entrada con la dificultad de conciliar los criterios divergentes de cuatro países, tentados unos, los asiáticos, por un cierto neutralismo que con todo los deje a salvo del peligro de caer en el ámbito comunista, en tanto que Australia y Nueva Zelanda, ambas miembros de la A. S. P. A. C., tienden a ligar su destino al apoyo norteamericano y al tradicional británico, si bien, en razón de su circunstancia geográfica, de nación blanca a mitad camino entre el Sureste

asiático y el Pacífico, se le plantea a Australia el dilema de reforzar su pertenencia al mundo occidental o bien de incrementar y multiplicar sus relaciones con los países del Sureste asiático con vistas a programar un futuro de nación blanca fronteriza con el mundo asiático.

Dado el contexto político en esas áreas y las divergencias señaladas, cabe que tome pábulo la vieja teoría norteamericana del «dominó» y, en todo caso, que se acentúe la falta de unión registrada en una Commonwealth que, al aumentar el número de sus miembros, ha perdido su inicial coherencia, iniciándose así un proceso de desintegración. Aunque las consecuencias visibles de semejante desintegración puedan calcularse a largo plazo, el proceso está en marcha. No parece susceptible de detenerlo los intentos de agrupación defensiva centrados en subrayar el peligro soviético.

LA ACTIVIDAD NAVAL DE LA UNIÓN SOVIÉTICA EN EL CARIBE

Por evidentes razones de geoestrategia—Cuba sólo dista un centenar de kilómetros de Florida—, los Estados Unidos son singularmente sensibles a cuanto supone la presencia soviética en el Caribe. Prueba de ello fue la viva reacción del presidente Kennedy en 1962 cuando la Unión Soviética pretendió instalar un sistema de misiles en Cuba para preservarla del peligro de un supuesto ataque norteamericano. Aquella crisis se saldó con un retroceso soviético anunciado a bombo y platillo y también con discretas seguridades por parte de Washington de que, en adelante, dejaría que Cuba fuera a su aire. La crisis tuvo, además, otra consecuencia de suma importancia para el futuro, y no ya en el orden local, sino mundial confirmó la nueva orientación naval de la U. R. S. S.

Realmente, la U. R. S. S. no había esperado la crisis de Cuba para percatarse de la conveniencia de incrementar su potencia naval. En el marco de su estrategia política, militar y económica, que apunta a una estrategia global, por lo menos teóricamente, a raíz de la Segunda Guerra Mundial había iniciado un esfuerzo para desarrollar su flota militar, mercante y pesquera. El programa sufrió diversas vicisitudes, debido a tanteos más o menos afortunados, de suerte que hasta 1957 no cabe hablar de verdadera puesta en marcha de un plan de desarrollo y modernización de la marina soviética. Pero a partir de aquel año, el proyecto se ha ido convirtiendo en realidad y en 1968, ante el Soviet Supremo, Andrei Gromyko pudo exponer la llamada doctrina

de «la igualdad», basada en la nueva capacidad naval soviética en el ámbito de la estrategia global de la U. R. S. S. De otra parte, la renuncia de Moscú a facilitar a Cuba medios bélicos contundentes, no significó que desistía de hacerse presente en el Caribe. Sus barcos mercantes no han cesado de cruzar el Atlántico en razón de las relaciones comerciales soviético-cubanas. Tampoco sus barcos de guerra se han privado de visitar la perla del Caribe, singularmente en julio de 1969, en que lo hicieron por vez primera. Se dijo entonces que era una réplica al viaje del presidente Nixon a Rumania, si bien Moscú, ofuscado por tanta suspicacia, afirmó que sólo se trataba de acompañar a sus amigos cubanos con motivo del décimo aniversario de su revolución.

Recientemente, de nuevo una fuerza naval soviética ha visitado a Cuba, recalando en Cienfuegos. Apenas pusiera rumbo a Cuba, el secretario de Defensa Melvin Laird hizo unas declaraciones y puso a los Estados Unidos sobre aviso de la actividad soviética en la proximidad de sus costas. De hecho, la composición de la flota soviética que visitaba a Cuba, en la que sólo figuraban dos submarinos con su barco nodriza, aparte de un barco de transporte, un petrolero, un barco de reconocimiento hidrográfico y un remolcador, no justifica en sí la alarma del señor Laird. Su alarma proviene de que la actividad soviética—distinta de la que se deriva de su potencia nuclear y militar—diseña una profunda modificación de las relaciones internacionales que conocemos desde los tiempos de la guerra fría, que puede inaugurar una era de situaciones locales de un nuevo tipo.

Perú es en Hispanoamérica un ejemplo de este nuevo planteamiento de los problemas internacionales. La amenaza de Washington de suspender la ayuda militar a este país debido a que adoptaba medidas perjudiciales para los intereses norteamericanos quedó en agua de borrajas. En efecto, las relaciones soviético-peruanas reducían notablemente los daños causados por semejante sanción. Pero tratándose de países tan alejados de la U. R. S. S. como los de Hispanoamérica, el objetivo de neutralización de la influencia de que han venido gozando los Estados Unidos en esa región sólo podía lograrse dotándose de los medios materiales de esa política.

Por ello, el poder naval soviético se impone como un arma de penetración que explica los temores de Melvin Laird, si bien éste se ha limitado a atraer la atención sobre extremo tan incidental y secundario como es la presencia en aguas de Cuba de una ínfima representación de la flota soviética, cuyas singladuras por todos los mares del globo no dejan de coartar la libertad de acción de los Estados Unidos, como se echa de ver en el Cercano Oriente. A

estas alturas, aún para poner coto a la piratería aérea, la VI Flota no podría reiterar el desembarco de 1952 en el Líbano, so pena de orillar una conflagración mundial.

Pero el esfuerzo naval soviético no se limita a su marina de guerra. El desarrollo de su marina mercante le permite introducirse en circuitos comerciales que antes le estaban vedados, negociar a nivel gubernamental y hacerse cargo del transporte de las mercancías, lo cual implica que se avecina un nuevo Ordenamiento económico, substrato de un nuevo equilibrio mundial que no equivale forzosamente a una ruptura de equilibrio. Supone también una vuelta—con otras modalidades— a la diplomacia armada o de los «cañoneros», que tantos éxitos brindaron en tiempos a la política europea y norteamericana. Esta nueva situación que amenaza el predominio norteamericano, ¿desembarcará en otra partición del mundo en zonas de influencia?

Cierto es que las grandes negociaciones en curso sobre las armas estratégicas, el Sureste asiático y el Cercano Oriente sugieren un nuevo reparto del mundo, previo acuerdo tácito o expreso entre los Estados Unidos y la U. R. S. S. Mas tal visión lleva a olvidar el papel que China Popular desempeña entre bastidores y que resulta ser trascendental. Es esa presencia de China Popular la que hace escasamente viable en la década del 70 la fórmula instaurada en Yalta. En la lógica de las negociaciones, de los repartos de influencia, de las cesiones y concesiones, de los esfuerzos de contención y de penetración y otras recetas de esta postguerra dominada por la lucha para lograr el predominio absoluto por parte de los Estados Unidos y de la U. R. S. S., China Popular constituye un elemento independiente que dificulta el gran Yalta que cabía temer hace todavía unos pocos años.

Por ello, en la gran partida que juegan las dos Superpotencias se impone la necesidad de renovar las reglas del juego en que, de hecho, no son dos los jugadores, sino tres. Esta necesidad parece haberse impuesto a la U. R. S. S. que, precisamente en función de su estrategia global, busca puntos de apoyo locales en el mundo entero tomando en cuenta tanto los Estados Unidos como China. De ahí lo insólito de ciertos relajamientos de la tensión seguidos de medidas que enrarecen el ambiente. Es un tira y afloja un poco forzado por el que no participa en el juego, es decir, China Popular, pero que vigila todas las jugadas.

LAS DIFICULTADES INTERNAS DE VIETNAM DEL SUR

Es bien sabido que para el presidente Nixon la llamada «vietnamización» es el infalible remedio capaz de sanar todos los largos males del Sureste asiático. Desgraciadamente, en la composición de tal remedio han de figurar dos elementos básicos con los que no existe la certeza de que el presidente Nixon haya podido hacerse hasta la fecha. Uno de ellos es la capacidad militar del ejército survietnamita, no sólo en su propio frente, sino también en el nuevo frente que se ha abierto en Camboya. El otro es la fortaleza política del régimen de Saigón frente a las embestidas y las asechanzas de la oposición, la declarada liberal y la solapada comunista.

Salvo en circunstancias de crisis agudas, como las provocadas por los monjes budistas, el problema político interno de Vietnam del Sur ha quedado un tanto encubierto por las peripecias bélicas, que casi en exclusiva han captado la atención mundial. Sin embargo, la estrecha relación entre la situación interna y la guerra se le impuso ya evidente al presidente Kennedy que, aún antes de la decidida intervención norteamericana en el conflicto, expuso sus dudas acerca de la posibilidad de triunfar de los comunistas a menos de que el gobierno de Saigón «hiciera un mayor esfuerzo por conquistar el apoyo popular». Es decir, que la situación política ha venido siendo un poco el talón de Aquiles de Vietnam del Sur, pues las tensiones se han registrado casi sin interrupción en ese país desde que accediera a la independencia. Es más, esta realidad no ha dejado de influir en el creciente compromiso de los Estados Unidos, preocupados por incluir a Vietnam del Sur en un sistema de defensa a escala mundial al que la guerra de Corea había dado una apoyatura dialéctica. Pero el punto álgido de las dificultades internas de Vietnam del Sur se dio en 1963, al entrar el Gobierno de Ngo Dinh Diem en conflicto con el movimiento budista, lo cual se añadió a la impopularidad que lo aquejaba y provocó su derrocamiento por el general Janh. Los sucesivos cambios de personalidades políticas al frente del país, que no cabe equiparar con ese «cambio de política y de personal» que recomendaba Washington, desembocaron en la accesión al poder supremo del general Thieu y del general Ky a la vicepresidencia. En sus declaraciones, estos dirigentes no suelen reflejar una identidad de criterios susceptible de ser un factor de estabilidad interna, o sea, que en la vida política survietnamita se registra una tensión a su más alto nivel. Ciertamente, es una tensión latente y limitada aparentemente al ámbito

de las declaraciones verbales, pero es singularmente enojosa cuando los Estados Unidos dicen llegada la hora de negociar en serio para poner término a una sangría que, si no se ha resuelto con las armas norteamericanas aliadas a las fuerzas survietnamitas, corre grandemente el riesgo de no resolverse a base del solo ejército survietnamita, por grande que sea el apoyo aéreo y logístico que le presten sus aliados. De ahí el esfuerzo de Washington por salir del avispero y asegurar la supervivencia del Vietnam del Sur con otros medios que los bélicos.

La opción a favor de estos otros medios, que son los de la negociación, ha motivado el nombramiento del embajador Bruce al frente de la delegación norteamericana en París y coincide con la agravación de la situación interna en Vietnam del Sur. Es tan incuestionable el hecho que el nunca desalentado general Thieu declaró a finales de junio el propósito de poner en marcha a corto plazo una serie de modificaciones estructurales con vistas al período postbélico. Por su parte, el general Ky también ha opinado acerca de la cuestión, pero dando a las reformas previstas carácter de urgencia, singularmente en el ámbito gubernamental, a fin de evitar que las fuerzas de la oposición «puedan derrocar el gobierno», como ha dicho claramente.

Tales preocupaciones reformistas, dispares en cuanto a su ritmo y amplitud, aparecen dictadas por hechos objetivos cuales son la subversión de los estudiantes, en huelga desde hace tres meses. Estos multiplican sus protestas junto con los mutilados y antiguos combatientes, lo cual es un fenómeno nunca registrado hasta ahora. Sugiere una habilísima maniobra de estrategia indirecta destinada a minar al gobierno y suscitar la antipatía popular hacia autoridades que se enfrentan con estas víctimas de la guerra. Ese enfrentamiento, de otra parte, nada favorece a un gobierno comprometido en la nueva empresa bélica de Camboya. A ello hay que agregar los movimientos huelguísticos de diversos sindicatos. Su fundamento es la creciente inflación que ha duplicado en un año el precio de los artículos de consumo y el déficit del presupuesto, difícil de equilibrar con los créditos norteamericanos, y que anuncia nuevas tasas y contribuciones, además de una mala situación económica derivada de la escasa industrialización y de la falta de inversiones como consecuencia de la guerra.

Sin duda, Saigón puede seguir contando con el apoyo norteamericano, pero las ambigüedades de la política de Washington en el Sureste asiático no pueden ser motivo de tranquilidad para el gobierno survietnamita. En efecto, entre «la paz honorable» que va a buscar en París el embajador Bruce

y esa ampliación del conflicto que representa el frente camboyano, no aparece muy claro el camino conducente al término de la lucha para Vietnam del Sur, en particular si una crisis interna, semejante a la que originaron los budistas en 1963 y 1966, no permitiera al equipo gobernante mantenerse en el poder. Es una posibilidad que no ha descartado el general Ky, si bien tampoco cabe descartar que abrigue el secreto propósito de ser él quien saque provecho de un cambio gubernamental. En las actuales circunstancias, cuando es aventurado calibrar hasta dónde ha llegado el cansancio de la guerra y la labor de zapa del comunismo en la sociedad survietnamita, sería peligroso para la independencia y la soberanía del país dar un golpe de Estado, aun invocando su salvación.

PLAN DE PAZ PARA EL CERCAÑO ORIENTE

Coincidiendo con una nueva relación de las fuerzas que se enfrentan en el teatro de operaciones del Cercano Oriente, el largo, complejo y peligroso conflicto árabe-israelí ha entrado en la fase de diligente búsqueda de una solución política basada en los planes de paz presentados por los dos Supergrandes. El propósito de hallar tal solución no constituye ninguna novedad. Durante año y medio, el representante de las Naciones Unidas, Gunnar Jarring, se afanó en vano por dar con ella. Seguidamente, los Cuatro reunidos en Nueva York lo relevaron en su tarea, sin mayor éxito. En la actualidad, los Estados Unidos y la U. R. S. S., erigidos respectivamente en protectores y portavoces de israelíes y árabes, intentan un diálogo constructivo susceptible de satisfacer a su clientela. Es de desear que semejante diálogo se desarrolle en tono menos amenazador que el empleado por el presidente Nixon en su reciente charla televisada, cuando conminó, o poco menos, a la U. R. S. S. para que cesara en su ayuda a los países árabes.

Asimismo es de desear que las conversaciones entre los Supergrandes apunten realmente a una paz que no se desprende de las declaraciones de los mandos militares norteamericanos que, espontáneamente o teledirigidos, han echado su cuarto a espadas en esta cuestión. Y como era lógico, la han situado en el plano del enfrentamiento armado directo entre los Estados Unidos y la U. R. S. S. No es motivo de tranquilidad para el mundo, singularmente para el mundo mediterráneo, el que la defensa del Estado de Israel tienda a convertirse en problema vital para los Estados Unidos. En efecto, como quiera

que el tiempo no ha trabajado en favor de Israel, por vez primera desde la guerra de los Seis Días, se plantea la posibilidad de que este país no esté en condiciones de imponer su voluntad con medios militares. Entre esta situación y la necesidad de salvaguardar la existencia de Israel, sólo media un paso fácil de dar.

El hecho es que a la guerra de desgaste preconizada por el presidente Nasser, Israel ha respondido con bombardeos en profundidad de los territorios árabes, en particular de la R. A. U. Pusieron de manifiesto la clara superioridad aérea de Israel, pero no han quebrantado la voluntad de lucha de los árabes y, en cambio, han sido argumento contundente para que la U. R. S. S. active y multiplique la instalación de cohetes Sam-2 y Sam-3 a lo largo del canal de Suez, a un tiempo que ha incrementado la defensa artillera. De suerte que actualmente la tan proclamada superioridad aérea israelí queda puesta en tela de juicio, al extremo de que Tel-Aviv ha admitido en tonos alarmistas haber perdido aviones en combate, como los pierden los árabes. Cabe decir, por tanto, que en el Cercano Oriente se ha llegado a un equilibrio de fuerzas que es objetivo, si bien a Israel—y por vía de consecuencia a los Estados Unidos—se le impone intolerable desequilibrio y hasta desafío. De ahí que del archivo de declaraciones presidenciales, el presidente Nixon haya desempolvado el tajante «¡alto!» que en 1962 John F. Kennedy diera a la U. R. S. S. en Cuba. Pero rara vez en política internacional el contexto permite repetir la maniobra que en su día tuvo éxito. Aparte de evidentes razones de orden geográfico—la proximidad de Cuba con relación a los Estados Unidos y su alejamiento de la U. R. S. S., cuando la inversa se da en el Cercano Oriente—, es incuestionable que, favorecida por las circunstancias, la presencia soviética en el mundo árabe, y en particular en la R. A. U., es un hecho que Moscú puede difícilmente reconsiderar, incluso bajo la presión de una amenaza hecha con un propósito de disuasión. Como en un combate de esgrima, el presidente Nixon ha intentado que la U. R. S. S. «rompa» en el Cercano Oriente. Pero la presta política es demasiado decisiva en esas áreas para que la U. R. S. S. pueda abandonar, aunque la VI Flota en estado de alerta ronde su propia flota e incremente su radio de acción enviando «Corsair» A-6 y A-7 a sus portaaviones y en los Estados Unidos los políticos multipliquen las iniciativas de cara al tendido de las elecciones del próximo noviembre. A lo sumo, la andanada norteamericana ha sugerido moderación y cautela a los soviéticos, caso de que se hayan visto tentados de dar rienda suelta a los impulsos bélicos de los árabes deseosos de explotar militarmente

su nueva situación. Pero de ahí a «renunciar» a sus posiciones en el Cercano Oriente, como han pedido ciertos dirigentes norteamericanos, lo cual sería tanto como retroceder, media un abismo por estar en juego los intereses directos de Moscú. Es decir, que ha fracasado la maniobra de intimidación a lo Kennedy. Con todo, la iniciativa norteamericana ha creado una situación grave, que reclama urgentemente una solución, que no es otra que la política negociada.

Rechazado por la R. A. U. y la U. R. S. S. el nuevo plan de paz presentado por Washington, que no es otro que el Plan Rogers del pasado diciembre enmendado y puesto al día, el presidente Nasser y los dirigentes soviéticos han pulido en Moscú otro plan de paz que pretende lograr la conformidad de árabes e israelíes y, por supuesto, la supervivencia y seguridad del Estado de Israel dentro de fronteras garantizadas. Desgraciadamente, el optimismo que podrían suscitar estos preparativos de negociaciones se rebaja de tomar en cuenta que Israel no está en posición de fuerza, por lo menos en opinión de Tel-Aviv y Washington. Una modificación de semejante situación sólo podría lograrse mediante el incremento de la ayuda militar norteamericana a Israel que, evidentemente, no sería un elemento propio para frenar la ayuda soviética a los árabes. O sea, que actualmente al viejo pleito del enfrentamiento árabe-israelí hay que agregar el de la apreciación del equilibrio de fuerzas en el Cercano Oriente. Para la U. R. S. S. se ha logrado; luego, cabe negociar. Para los Estados Unidos, la intervención soviética ha roto ese equilibrio: luego, hay que restablecerlo antes de empezar a discutir.

Esta divergencia no allana el camino que puede conducir a la paz, tanto menos cuanto que no existe unanimidad árabe respecto a la solución política y que el factor de la guerrilla no simplifica el problema. Con todo, es tan grave la tensión, roza tanto el conflicto abierto entre los dos Supergrandes, que por muy bizantinas que parezcan las objeciones en torno a las propuestas y contrapropuestas de paz, permiten ganar tiempo, sujetar impacencias e ir tirando hasta que el cansancio o el temor hagan mella en los ánimos. Ni siquiera en el ámbito de la política internacional hay que excluir la santa esperanza.

LIUDPRANDO.